

17 de Abril 2025 - Jueves Santo (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Esta noche comenzamos el Sagrado Triduo Pascual, el tiempo santísimo del año eclesiástico. Estos últimos tres días antes de la Pascua son especiales para todos los cristianos, porque en ellos conmemoramos los eventos más sagrados de nuestra Santa Fe Católica, la Última Cena, el Sufrimiento y Muerte de nuestro Señor, y finalmente, la Resurrección donde Jesús resucitó... muerto al tercer día glorioso y triunfante. La sagrada liturgia recuerda cada uno de estos eventos y, en cierto sentido, los recrea para que podamos considerar una vez más lo que le sucedió a nuestro bendito Señor hace tanto tiempo.

Esta noche, Jueves Santo, hay tres eventos muy especiales que la Iglesia quiere que meditemos. El primero es el mandamiento de Cristo del amor fraterno. Para explicar esto, Jesús no enseñó con la palabra, sino con el ejemplo. Considere el evento que se acaba de describir en el Santo Evangelio.

Los Apóstoles estaban solos con Jesús en el aposento alto, el Cenáculo. Como judíos fieles, se habían reunido allí para celebrar la Cena de la Pascua. Este era un ritual muy especial que conmemoraba el éxodo, la salida de los judíos de Egipto. Como iban de prisa, sólo se usaba pan sin levadura. Además, se preparó y comió un cordero. Ese alimento recordaba al cordero cuya sangre se puso en el marco de la puerta para que el ángel destructor pasará por delante de la casa y no matara al primogénito. La primera lectura del Libro del Éxodo nos recuerda la Pascua.

Ahora bien, esta Pascua iba a ser diferente. De hecho, los apóstoles no tenían idea de cuán diferente iba a ser. Esa noche, Jesús, su Mesías y Señor, se convertiría en el cordero del sacrificio. Debía ofrecerse a sí mismo a su Padre celestial por los pecados de todo el mundo. Él haría esto primero sin sangre en la Última Cena, y luego al día siguiente de manera sangrienta en la cruz.

Pero primero, tuvo que enseñar a Sus discípulos uno de Sus mandamientos más básicos: **“Amaos unos a otros como yo os he amado”**, y lo hizo con el ejemplo. El santo evangelio nos dice que se quitó el manto y luego procedió a lavar los pies de sus discípulos. La parte más humilde, esa parte que había atravesado toda la suciedad y el polvo de esa tierra santa. Esto lo hizo el Señor del mundo por hombres que en su mayoría eran simples pescadores.

Entonces les dijo a sus discípulos, id y haced lo mismo. Él les había dado y nos da a todos ese ejemplo. Ve y haz lo mismo. Solo piense qué clase de mundo sería este si todos aquellos que profesan ser cristianos siguieran el mandato de Cristo de amarse unos a otros.

Cuánto más bien se haría, qué poco sufrimiento quedaría en el mundo. El Señor nos dio este ejemplo porque quiere que todos vivamos en armonía, para hacer del mundo un lugar mejor.

Él prometió que si hacemos esto, nuestra recompensa será grande en el cielo. Acordaos de la respuesta que dio Jesús a los bienaventurados que le preguntaron: **“Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o desnudo o forastero o en la cárcel y te visitamos?”** Jesús dijo: **“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Por tanto, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”**. Sirviendo a los pobres, a los débiles, a los desamparados ya los encarcelados, estamos sirviendo a Cristo.

El Segundo evento especial que debemos ponderar esta noche es la institución de la Santísima Eucaristía. A esto se refiere la primera carta de San Pablo a los Corintios. Después de que Jesús había lavado los pies de los Apóstoles, la cena de Pascua tomó una dirección completamente nueva. San Pablo nos dice que Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: **“Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Haced esto en recuerdo mío.”** Lo hizo también con una copa de vino cuando dijo: **“Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.”**

De hecho, bajo la apariencia de pan y vino, Jesús se acababa de dar a comer. Luego mandó que hicieran lo que acababa de hacer. Por eso celebramos el Santo Sacrificio de la Misa. Porque seguimos el mandato del Señor de hacer lo que hizo en memoria suya. Él se ha dado a Sí mismo en este Santísimo Sacramento para alimentarnos y nutrir nuestra vida espiritual hasta que Él venga de nuevo.

Para los católicos, la presencia de Cristo no es un mero símbolo. Es real. Tan reales como cualquiera de los presentes aquí esta noche son reales. Es tan maravilloso que es casi increíble y, sin embargo, esa es la única forma en que lo conocemos, por fe. Esta noche, de hecho, escucharemos ese gran himno de Santo Tomás de Aquino, el Pange Lingua. Se cantará en latín en las iglesias católicas de todo el mundo. Este gran himno explica lo que sucedió esa noche en la Última Cena. Una traducción al español es la siguiente:

Canta, oh lengua, el misterio del glorioso Cuerpo y de la Sangre preciosa que el Rey de las naciones Fruto de un vientre generoso derramó en rescate del mundo.

Nos fue dado, nos nació de una Virgen sin mancha; y después de pasar su vida en el mundo, una vez propagada la semilla de su palabra, Terminó el tiempo de su destierro Dando una admirable disposición.

En la noche de la Última Cena, Sentado a la mesa con sus hermanos, Después de observar plenamente La ley sobre la comida legal, se da con sus propias manos como alimento para los doce.

El Verbo encarnado, Pan Verdadero, lo convierte con su palabra en su Carne, y el vino puro se convierte en la Sangre de Cristo. Y aunque fallan los sentidos, Sólo la fe es suficiente para fortalecer el corazón en la verdad. Veneremos, pues,

Postrados tan grande Sacramento; y la antigua imagen ceda el lugar al nuevo rito; la fe reemplace La incapacidad de los sentidos.

Al Padre y al Hijo sean dadas Alabanza y Gloria, Fortaleza, Honor, Poder y Bendición; una Gloria igual sea dada a aquel que de uno y de otro procede. Amén.

Así que en esta noche especial, honramos a nuestro Señor presente en el Santísimo Sacramento de una manera especial. Esperamos con él y velamos con él como no lo hicieron los apóstoles. El altar especial de reposo simboliza cómo, después de la Última Cena, Jesús fue con sus discípulos al Huerto de Getsemaní a orar.

Allí tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y les pidió que oraran con Él. En cambio, se quedaron dormidos. Por fin llegó Judas, y Jesús fue arrestado y llevado ante el sumo sacerdote Caifás, y todos sus discípulos huyeron.

El tercer y último evento que se conmemora esta noche es la institución del sacerdocio. En cierto sentido, esta noche es el cumpleaños de todos los sacerdotes. En el Capítulo Seis del Evangelio de San Juan, Jesús dijo: **“Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”.** Jn 6:53

Pero, ¿cómo íbamos a hacer esto, nosotros que venimos después de Él? Jesús resolvió el problema al instituir el Sacerdocio. Todos estamos familiarizados con los Sacramentos del Bautismo, la Penitencia, la Confirmación, la Sagrada Comunión y el Matrimonio, pero la mayoría de nosotros no estamos tan familiarizados con el Sacramento del Orden Sagrado, el Sacramento que recibe un sacerdote cuando es ordenado.

Ese Sacramento le da al hombre el poder de hacer como hizo Jesús, de convertir el pan y el vino en Su cuerpo y sangre y de perdonar los pecados en Su nombre. Jesús fundó ese Sacramento en la Última Cena para hacer posible que las generaciones futuras, para nosotros, participemos de Su Cuerpo y Sangre. Estar presente con Él en la cruz y nutrimos con este alimento celestial.

Entonces, es por estas razones que la Iglesia se regocija esta noche. Esta noche imaginémonos presentes en la Última Cena como Jesús instruyó a sus apóstoles; como Jesús les explicó cómo debían tratar a su prójimo; de cómo después instituyó el Santísimo Sacramento del Altar y de cómo lo extendió a todos los tiempos haciendo sacerdotes a sus apóstoles.

De hecho, realmente no necesitamos imaginarnos en la Última Cena porque como el sacrificio de Cristo se extiende a través de todas las edades y todos los tiempos, esta noche **y en cada Misa**, estamos realmente allí. Amén.